

á la mas alta : su escudo , su coraza , y su casco despiden rayos semejantes á los del sol ; los guardias no podian sufrir su resplandor : echan á huir ; pero le sienten á sus espaldas , que los vá siguiendo : avíalos , aplícales una larga , y fuerte lanza , y se la quiere meter por los riñones. Los soldados doblan el paso , y se refugian todos desordenados , y medio muertos de miedo en algunas cabañas vecinas. Era este valiente guerreiro el glorioso Martir Sosiandro , que habia recibido de Dios la orden de apartar las guardias mientras que Teodoto , y sus compañeros trabajaban en sacar del agua los cuerpos de las siete Vírgenes. Este mismo viento , que puso en huida á los soldados , retiró al mismo tiempo las aguas del lago , y las habia hecho subir hasta la orilla opuesta ; de suerte que el fondo , ó suelo de él parecia estar seco , y dexaba ver claramente los cuerpos de las Santas Mártires. Entonces Teodoto lleno de alegría , habiéndose acercado á ellos , y cortado las cuerdas , que las tenían atadas á los pedazos de piedra que servian de contrapeso para tenerlas hundidas en el agua ; púsolas sobre un carro , y continuando siempre en favorecerlos la noche , los fue á enterrar secretamente cerca de la Iglesia de los Patriarcas. Ved aquí los nombres de las siete Vírgenes. Tecusa , Alexandra , y Fainea : estas tres seguian la regla de las Renunciantes , ó Apotactitas (1) ;

(1) Véanse las Notas.

las otras quatro eran Claudia , Eufrasia , Matróna , y Julita. Luego que amaneció se divulgó la noticia en un instante de que las reliquias de las siete Vírgenes habian sido hurtadas la noche antecedente. Esta novedad encendió á toda la Ciudad en ira ; de suerte que luego que se veía á un Cristiano , al punto era preso , y puesto al tormento. Habíasele dado ya á muchos quando el Santo supo esta nueva persecucion. Quería ir al punto á entregarse él mismo , pero los hermanos se lo estorvaron. No obstante , Polícrono , habiéndose disfrazado de paisano , se mezcló entre el pueblo , y algunas gentes del campo , que llevaban sus comestibles al mercado , para procurar informarse mas particularmente de lo que pasaba , de los diversos juicios que se formaban sobre este hurto. Pero fue bien presto conocido , y llevado ante el Gobernador. Aplicáronle al tormento como á los otros , y lo sufrió al principio con bastante constancia sin confesar nada ; pero amenazándole el Tirano con la muerte , y poniéndole ya el verdugo el alfange sobre el cuello , perdió el valor ; y cediendo cobardemente al temor de la muerte , declaró todas las particularidades del caso , de qué modo habia sacado Teodoto estas reliquias , y el lugar donde las tenia. Corrieron á él los Paganos , sacáronlas del sepulcro , y las quemaron. Entonces reconocimos que el infeliz Polícrono era aquel traidor de quien la bienaventurada Tecusa , y los dos ancianos habian advertido á Teo-

doto, que se guardase de él. No tardó mucho tiempo este Santo hombre en saber la traicion de Polícrono, y la desgraciada suerte de las reliquias.

Desde este momento comenzó á no pensar mas que en la muerte, que comprehendió muy bien no estar muy lexos. Dispúsose á ella por la oracion, y quiso que los hermanos pidiesen por él á Dios la corona del Martirio. Oró por largo tiempo en silencio; y levantando despues de repente su voz, dixo: Señor, Jesus, única esperanza de los que no tienen otra cosa, hacedme la gracia de acabar valerosamente esta sangrienta carrera que me está preparada: hacedme combatir, Señor, para que podais vencer por mí. Yo os ofrezco mi sangre, y me abraso por derramarla por vuestra gloria, y por la conservacion de mis hermanos: haced que el tirano se contente de derramar la mia, y que perdone la de los demas fieles. Libradlos de la opresion, calmad esta tempestad, dad la paz á vuestra Iglesia; haced que los que creen en vos puedan en fin respirar despues de tantos reveses, y cantar apaciblemente vuestras alabanzas baxo la proteccion de vuestro adorable nombre. Interrumpieron esta oracion los gritos, y gemidos de los que le acompañaban. Arrojábanse sobre su cuello, y estrechándole entre sus brazos, lo anegaban de lágrimas. Decíanle: ¡Oh luz dulce, y bienhechora, que ilustrabas á la Iglesia, tú te vas pues á apagar por ella, por ir á lucir en el Cielo entre aquellas luces inmortales que brillan en él con tanto

res-

resplandor: tú vas á ser colocado entre los Angeles, y los Arcángeles! Quiera la gracia del Espíritu Santo hacerte una de las mas brillantes luces de aquella mansion bienaventurada. Quiera nuestro Señor Jesu-Christo, que está sentado á la diestra del Padre, y que es el sol de Justicia, derramar sobre tí los mas vivos rayos de su gloria; pero mientras que llevas la alegría al Cielo, nos dexas acá abaxo el luto, el dolor, y las mortales inquietudes por herencia. Abrazólos á todos el Santo, y mezcló sus lágrimas con las suyas. Despues les advirtió, que el Presbítero Frontón vendría dentro de poco á Ancira, que les mostraría su anillo, que era conocido de muchos de ellos, y que no tuviesen dificultad de ponerle en sus manos lo que pudiesen salvar de su cuerpo. Dicho esto, hizo la señal de la cruz, y salió para ir al combate.

A pocos pasos del aposento encontró á dos principales Ciudadanos, que le hicieron grandes instancias á que se ocultase: Líbrate, le dixeron, y no te expongas al furor de todo un pueblo estroñamente colérico contra tí. Sábeta, que al tiempo en que te estamos diciendo esto, las Sacerdotisas de Minerva, y de Diana incitan mucho al Gobernador, te acusan de apartar al pueblo de adorar á sus Diosas, y que publicas no ser sino piedras, ó madera. El mismo Polícrono te ha delatado al Presidente, y te hace cargo del hurto de las reliquias. Y puesto que aún hay tiempo, retírate: la prudencia no quiere que te expongas de

de ese modo; y parece mal á un hombre tan prudente como tú, el ir sin necesidad á desafiarse á los tormentos, y la muerte. Habiéndolos escuchado el Martir apaciblemente, les respondió: Si vosotros sois siempre mis amigos, no hagais inútiles esfuerzos por apartarme de mi intento; antes bien, id al Gobernador, y decidle: Teodoto, á quien las Sacerdotisas acusan de impiedad, está ahí, y pide audiencia. Diciendo esto, tomó él mismo la delantera, y apareció de improviso delante de sus acusadores.

Ni todo aquel aparato de suplicios, que llenaba la sala, ni aquel terrible tribunal, ni la presencia del Gobernador, uno de los mas malos hombres que hubo por entonces sobre la tierra, hicieron mudar de rostro á Teodoto. Miraba él todo esto con unos ciertos ademanes de desprecio. Pero si este espectáculo de horror no le pudo intimidar, las promesas lisonjeras del Tirano tampoco fueron capaces de moverle. Empleó este para ganarle todo quanto el arte de persuadir tiene de artificio, y cautela. El Tirano le dixo: Esos instrumentos de suplicios, que ves aquí, no se han hecho para tí: ú á lo menos en tí consistirá el no experimentar su rigor: déxate solamente persuadir, que es de mucha consecuencia para tí el ser sabio, y el dar culto á los Dioses. Doite por libre de todos los delitos que te imputan: no escucharé, ni las reconvenciones de toda una Ciudad, ni las acusaciones de las venerables Sacerdotisas de Diana, y de Minerva; yo te pro-

meto el favor de nuestros invencibles Príncipes; ellos te honrarán con sus cartas, y recibirán las tuyas agradablemente: en fin, si es que aprecias en algo mi amistad, yo te la ofrezco, yo te la doy; y desde este momento puedes contar entre el número de tus amigos al Gobernador de Galacia. Y por todo esto solo te pido una cosa: esta es, la de renunciar á Jesu-Christo; sí, á ese hombre, que Pilatos hizo poner en una cruz en el tiempo en que fue Gobernador de la Judea. Haz reflexion á lo que te propongo, compara lo que te pido con lo que te ofrezco. Parecesme un hombre cuerdo, y avisado: pero la sabiduría, como tú sabes, consiste en exâminar las cosas, en preveer las consequencias, en desprenderse prontamente de un mal paso, en aprovecharse oportunamente de las ocasiones; en una palabra, en hacerse feliz. Tú lo puedes ser, Teodoto: si quieres abandonar esa loca, y ridícula supersticion de los Christianos, yo te empeño mi palabra de hacerte gran Sacerdote de Apolo. No ignoras tú, que despues de Júpiter es el mas grande, y el mas respetado de todos los Dioses; sea á causa de su qualidad de Profeta (1), lo que lisonjea la curiosidad; sea porque tiene un perfecto conocimiento de la medicina, lo qual se acomoda al amor que se tiene por la vida. Tú solo conferirás los empleos, y las dignidades; tú solo harás los Sacerdotes, los Sacrificadores, los

Oficio de honor de ellas. Este nuestro Dios, á quien llamais Júpiter, y á quien reconocen

(1) De Adivino.

Oficiales que sirven en los templos, y todos los Ministros de la religion. Tú siempre serás diputado con preferencia á qualquier otro, quando la Ciudad tuviere algun negocio de importancia que solicitar en la Corte; todas las gracias pasarán por tu mano. ¿Quieres tierras, palacio, y ricos muebles? Yo tengo orden de darte todo esto: en una palabra, tú verás los honores, las riquezas, el poder, y el crédito disputarse los unos á los otros la gloria de hacerte el mas feliz de todos los hombres. Estas magníficas promesas atraxeron al Gobernador las aclamaciones de toda la asamblea, y mil congratulaciones á Teodoto. No podia dexarse de alabar la generosidad del uno, y admirar la buena fortuna del otro.

Esperábase, pues, con impaciencia, que respondiese Teodoto, y no se dudaba que aceptase á dos manos unas ofertas tan ventajosas; pero habló en estos términos: Pido á Jesu-Christo, mi Señor, á quien acabais de llamar por desprecio un hombre ordinario: pídele me haga la gracia de poderos convencer de la vanidad, de la ridiculez, de la torpeza, y de la falsedad de vuestra religion; y á un mismo tiempo de la solidez, de la grandeza, de la santidad, y de la verdad de la que yo profeso, que es la de Jesu-Christo. Por lo que toca á vuestra religion, casi no se podría hablar de ella sin avergonzarse; y así no diré sino pocas cosas, y solamente para daros horror de ella. Ese vuestro Dios, á quien llamais Júpiter, y á quien reconoçeis por Señor de

de los otros, no es en efecto sino el mas infame de todos. Orfeo, el mas antiguo de vuestros Poetas, que son tambien vuestros Teólogos, escribe, que Júpiter mató á su padre (1), que fue marido de su madre (2), de su hija (3), y de su hermana (4). Apolo, otro de vuestros Dioses, aquel mismo de quien me ofreceis el soberano Sacerdocio, violó á su hermana (5) hasta los pies de los altares. Marte, y Vulcano ambos á dos se abrazaron de un amor detestable por sus propias hermanas Venus, y Minerva. Ved aquí quáles son los Dioses que adorais: ¡pero qué Dioses! Unos adúlteros, unos asesinos, y unos incestuosos.

Apartad los ojos, Señor, de esas abominables divinidades, y ponedlos un poco en el Dios de los Christianos, en Jesu-Christo. Todo él es puro, todo es casto, todo es Divino en sus Misterios, en su Encarnacion, y en su Nacimiento: el pudor no se ofende quando se habla de él; todo él es grande, todo es verdadero en sus milagros. Los Profetas lo habian anunciado al mundo muchos siglos antes que apareciese. Ellos han dado un testimonio uniforme de su Divinidad. Profetizaron todos que nacería, y viviría entre los hombres, que sanaría sus enfermedades, y que los haría dignos de poder reynar ellos mismos algun dia en el Cielo. Tambien concuerdan todos en las predicciones que han hecho de las circunstancias

(1) Saturno. (2) Rea. (3) Persefona. (4) Júpiter. (5) Diana.

de su Pasion, de su Muerte, y de su Resurreccion. Los astrós mismos le dieron á conocer; y sobre la buena fe de una estrella, los Magos, aquellos sabios Filósofos de Persia, vinieron á adorarle como á Dios del universo, y en qualidad de tal, le ofrecieron sus dones. No os hablaré yo de aquel gran número de milagros que han señalado el curso de su vida. Convirtió el agua en vino: hartó á cinco mil personas con cinco panes, y dos peces; viósele caminar sobre las aguas que se habian consolidado al tocarlas sus pies. La naturaleza le ha reconocido por su Autor: con sola una palabra suya dió la vista á un ciego de nacimiento; y en fin, la muerte, por fiera, y por inexorable que sea, se ha mostrado muchas veces sujeta á sus órdenes, y la ha obligado á volver la vida á un hombre, que el sepulcro encerraba quatro dias habia. ¿Si no hubiera sido Dios, pudiera haber hecho tan grandes prodigios? ¿O puede la naturaleza obedecer á otro que á su Criador?

El bramido que el mar hace resonar en los oídos quando los vientos alborotan sus olas, y las azotan contra los peñascos en donde se quebrantan con un gran estruendo, no son tan terribles como lo fue el murmullo que se levantó de repente entre estos idólatras al oír este discurso de Teodoto. Desgreñándose las Sacerdotisas sus cabellos, y arrancándoselos de rabia, parecian unas furias infernales: desgarraban sus vestidos, y hacian pedazos las coronas que llevaban sobre su

ca-

cabeza. El pueblo daba grandes gritos, como si se hallase en una calamidad pública: encarábanse tambien con el Gobernador, y parecian acusarle de una cobarde prevaricacion para con los Dioses. ¿Por qué, decia el pueblo, no se imponia silencio á este hombre, que los trataba con tanta indignidad; un hombre que merecia la muerte, y cuya retórica impía no tenia otro fin, que apagar en los corazones el respeto, y la veneracion que se les debe? Añadía, que estos mismos Dioses tratados con un modo de tanto ultraje, pedian que se les vengase, y que no convenia diferir mas su satisfaccion, por no hacerse cómplice de un sacrilegio tan horrible. El Gobernador, naturalmente inclinado á la crueldad, no necesitaba para ella de los estímulos de esta gente enfurecida; y así se mostró él con tanta furia, que sin tener respeto á su dignidad, y degradándose de alguna suerte él mismo, baxó de su tribunal con precipitacion para ser el verdugo del Santo. Pero mientras que se prepara el potro, y las uñas de hierro: mientras que el pueblo sediento de sangre, aguarda con impaciencia que se derrame la del Martir: mientras que los pregoneros hacen oír su voz por todas las calles hasta ponerse roncós, tranquilo el Martir mira sin alterarse todos estos preparativos, como si fuesen para otro, y no para él para quien se hiciesen.

Subiéronle, pues, sobre el potro; y entonces se pusieron en uso todos aquellos instrumentos, cuya vista sola hace temblar. Empleáronse

Tom. II.

L

el

el hierro, y el fuego: las uñas, y los peynes de acero: las plumas, y las correas de cuero crudo; y queriendo formarse todos los que se hallaban allí como una especie de mérito para con sus Dioses, se quitaron sus ropas, y dividiéndose en dos filas, se pusieron á los dos lados del potro. Cada uno se esforzaba por señalarse en este terrible combate de ciento contra uno: cada uno ponía su gloria en ser mas inhumano que su compañero. Echaba el Santo sus miradas tan presto hácia un lado, como al otro, como para animarlos á portarse. Mirábalos con un rostro risueño, sin quejarse ni del tirano, ni de los dolores que padecía. Ni hay que imaginarse tampoco que halló él en su propio fondo esta apacible situación en que se veía; debíala á Jesu-Christo, que le fortificaba en un combate tan desigual, y en el qual, lexos de ceder al número, puso muchas veces á sus enemigos en estado de no poderle continuar. Quedaban todos sin aliento; lo qual obligó al Gobernador para dexarlos tomar nuevas fuerzas, enviar á buscar un excelente, y fuerte vinagre, que hizo derramar á lo largo de los costados del Martir, despues que las hachas encendidas hubieron hecho grandes ampollas, ó escaras. Entonces habiéndole causado al Santo esta carne medio asada, y este vinagre un ligero movimiento de cabeza, que denotaba que su olfato se habia ofendido de él; el Gobernador, que lo conoció, baxó de su tribunal, y como insultando al Martir, le dixo: Ola,

Teo-

Teodoto, parece que ya te rindes, y como que ya te muestras medio vencido: no ha un momento que nos desafiabas: ¿qué se ha hecho de esa noble fiereza, que hacías ostentar á nuestra presencia? ¿Qué no eres tú mas valiente, que en palabras? ¿En qué te fundabas para murmurar tan bien de los Dioses? ¿Por qué te burlabas tú de su poder? Ahora lo sientes á pesar tuyo; ¿quieres creerme? Pues sé en adelante mas sabio, y no siendo sino un desdichado tabernero, aprende á conocer que te está mal el hacerte Doctor, y que no se debe hablar jamás de los Soberanos en términos que se puedan ofender estas altas Magestades. Sábete tú tambien, dixo el Martir, que tú, y tus Emperadores no sois á mi vista sino los últimos de los hombres, y unos viles esclavos para con quienes no tengo yo sino el desprecio. No temas que mi valor se acobarde; solamente te advierto, que tus verdugos se cansan, y que no descargan ya con el mismo vigor: ¿y es este el descuido con que executan tus órdenes? Me quieres tú tambien creer á mí: pues inventa nuevos suplicios, que sean dignos de ser empleados contra mí, estos ya han perdido su fuerza; pero reconoced antes que Jesu-Christo mi Señor es quien les quita todo lo que tienen de cruel, y de mortal: que es él quien dá este valor invencible en el dolor, y quien enciende en mi alma este vivo ardor que siento de sufrir por su gloria. El tirano le hizo romper las quixadas, y quebrarle los dientes con gruesas piedras. Pero

Teodoto apenas pudiendo articular bien sus palabras, le dixo: Aun quando me hicieres cortar la lengua, sábete que Dios entiende el silencio de los Christianos.

Entretanto, no pudiendo ya mas los verdugos, mandó el Gobernador, que se le quitase de encima del potro, y que se lo llevase á la carcel para ser puesto segunda vez á tormento. Y como atravesase la plaza pública en un estado que causaba horror, teniendo molido todo el cuerpo, y ensangrentado, decia á un tropel de pueblo que concurría de todas partes para verle, mostrándole sus llagas: Tal es el poder de Jesu-Christo; ¿pero creéis vosotros que sin su socorro hubiera yo podido resistir á la violencia de los tormentos que se me han hecho padecer? No, no, señores; él es solo: este Dios Poderoso es quien ha dado á mi cuerpo toda esta impasibilidad: él es quien me ha hecho vencer el fuego que todo lo destruye: él es quien me ha dado el valor de despreciar las amenazas de vuestro Gobernador, y los impíos edictos de vuestros Emperadores: y así no os admireis de ver en mí unos sentimientos tan elevados, y un corazon tan alto, y tan admirable en un hombre de una condicion tan despreciable; pero es porque en Dios no hay acepcion de personas, y porque siendo el Señor de todos, dá indiferentemente su gracia á todos, así á esclavos, como á Príncipes, á Bárbaros, como á Romanos. Un momento después, tomando la palabra, y haciendo observar, y mirar á los que

es-

estaban mas cercanos de él las sangrientas señales que los verdugos habian dexado en su cuerpo: Ved aquí, les dixo, es sacrificio que se debe hacer á Jesu-Christo quando se cree en él; y en esto no hacemos mas que volverle lo que él primero ha dado por nosotros.

Al cabo de cinco dias, habiendo hecho Teotegno erigir su Tribunal en la plaza mayor, mandó que le llevasen á Teodoto. Luego que le alcanzó á ver: Acércate, le dixo, Teodoto, acércate, y no temas. Ya he sabido, con harto placer mio, como instruído de lo que has pasado, aunque contra mi voluntad, habias tomado mejores, y mas justos sentimientos, y que ya no eres tan fiero, y tan intratable como eras. A la verdad pudieras haber escusado tan grandes males condescendiendo un poco menos con tu gusto, y creyendo un poco mas á los consejos de tus amigos. Te protesto que no he llegado á tanto extremo, sino con una suma repugnancia: pero olvidemos lo pasado; estoy dispuesto á repararlo por todos los buenos tratamientos que podré imaginar, y que pudieres desear. Te cumpliré fielmente todas las promesas que te hice el otro día, y añadiré, si es necesario, nuevos presentes, y nuevas gratificaciones. Reconoce solamente el poder soberano de los Dioses adorándoles. La terquedad no sienta bien á nadie; pero menos á un sabio que á otro. No me pongas en la necesidad de tratarte aun mas mal que la vez primera: porque en fin no te lo debo disimular. Los

tormentos que has experimentado, no son sino tormentos en pintura, para aquellos que se te harán sufrir si no los evitas por una perfecta sumision á la voluntad de los Emperadores. ¿Y qué, Teotegno, respondió el Martir, me harás creer que está en tu poder inventar algun suplicio, que mi Señor Jesu-Christo no pueda hacer vano, y sin efecto? Aunque hayas reducido mi cuerpo al estado en que le vés: aunque ya no me pueda sostener sobre mis mismos miembros, puedes no obstante hacer una segunda prueba; experimenta por un poco si puedes vencerme.

No dilató por mucho tiempo el Gobernador satisfacerle: hizole poner de nuevo sobre el potro, y colocar á la derecha, y á la izquierda verdugos, que volviesen á renovar las mismas heridas que le habian hecho cinco dias antes. El Santo no hacía mas que levantar en alto su voz para confesar á Jesu-Christo: lo qual oído por el Presidente, le hizo baxar de la máquina, y estenderle sobre pedazos de tejas encendidas. Tiene este tormento tal eficacia, y causa un dolor tan vivo, y tan penetrante, que lo hace llegar hasta las entrañas. Y así sintiéndolo el Martir en todo su vigor, recurrió á Jesu-Christo, y le pidió se lo mitigase un poco; lo que le fue concedido. Teotegno le hizo poner tercera vez sobre el potro, y otras tantas le hizo renovar sus llagas; pero Jesu-Christo templó aun de tal suerte este tormento, que el Santo parecia que no sufría nada: podria mas bien decirse que

aquello mas parecia apariencia de tormento que no realidad de él, y que los verdugos no eran otra cosa que actores de una pieza trágica. No obstante, de todas las partes de su cuerpo, sola la lengua tenia entera. Dexábasela el tirano con la esperanza de que se serviría de ella para negar á Jesu-Christo; y veía que el Santo se valía de ella, por el contrario, para confesarle por mas largo tiempo.

Fue preciso en fin, que el Gobernador llegase al último acto de esta tragedia; esto es, á una sentencia de muerte, no hallando otro medio á causa de la firmeza extraordinaria del Santo, y del cansancio de sus verdugos. Pronuncióla pues en estos términos: "Segun el poder que hemos
" recibido de los Emperadores, condenamos á
" Teodoto á ser degollado, por haberse declara-
" do protector de los Galileos, y enemigo de los
" Dioses, y rehusado obedecer á las órdenes de
" nuestros invencibles Príncipes, y á las nuestras.
" Item: Mandamos que su cuerpo sea quemado,
" para que los Christianos no le tomen, y lo
" sepulten." Acompañóle una multitud innumera-
" ble de pueblo hasta el lugar del suplicio. Lue-
" go que llegó á él se puso de rodillas, é hizo esta
" oracion á Jesu-Christo: Señor, Jesus, Criador
" de Cielo, y tierra, que jamás abandonais á los
" que esperan en Vos; yo os doy gracias por ha-
" berme elegido para ser uno de los Ciudadanos
" de la Jerusalem Celestial, y uno de aquellos con
" quienes Vos dividís los honores de la dignidad